



Miranda Lida

MONSEÑOR MIGUEL DE ANDREA

Obispo y hombre de mundo (1877-1960)

BIOGRAFÍAS ARGENTINAS

 edhasa
Libros por la Cultura

MIRANDA LIDA es historiadora. Desde 2006 es investigadora de carrera en CONICET. También se desempeña como profesora en las carreras de Historia de la Universidad Torcuato Di Tella, de la Universidad Católica Argentina y en el Doctorado en Historia (UCA). Fue becaria Fulbright 2008-2009, y se especializa en temas de historia del catolicismo en la Argentina. Es de destacar que ha privilegiado en sus investigaciones un abordaje multidimensional, en el que se entrecruzan temas de historia social, política, ideológica, urbana, cultural y de los medios de comunicación. Entre sus libros se cuentan: *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires* (2012); *Dos ciudades y un deán. Biografía de Gregorio Funes* (2006), y es la editora junto con Diego Mauro del libro *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina, 1900-1950* (2009).

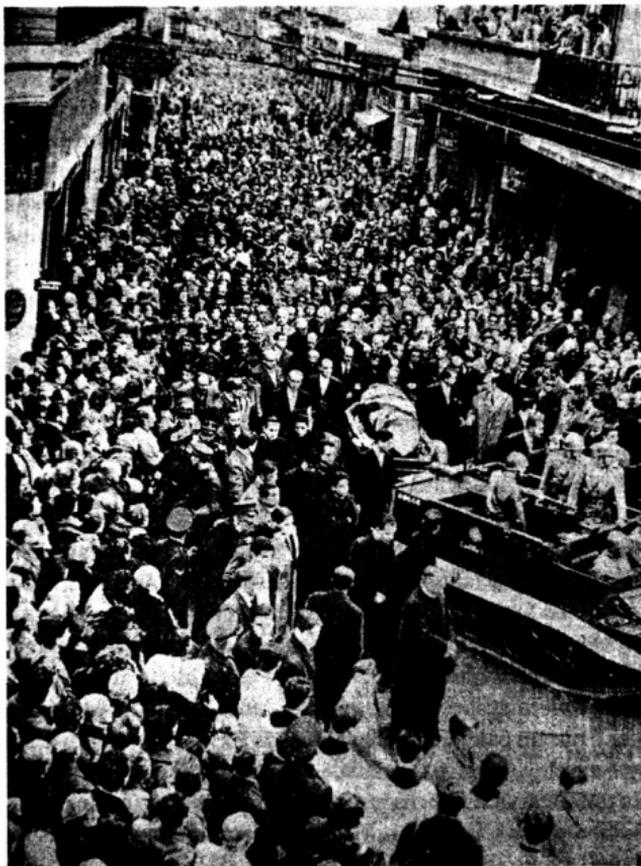
Introducción

El 23 de junio de 1960 falleció en Buenos Aires monseñor Miguel de Andrea, uno de los obispos más respetados del clero católico argentino de la primera mitad del siglo XX. Su fallecimiento estuvo acompañado por honores oficiales, según decreto dispuesto por el gobierno. El cortejo fúnebre, que desfiló desde el centro de la ciudad hasta el cementerio de la Recoleta, tuvo un aspecto imponente: el féretro se trasladó en una cureña llevada por un vehículo oruga de las Fuerzas Armadas, acompañado a su vez por dos piquetes del Regimiento de Granaderos de San Martín. El clero de Buenos Aires, incluidas sus más altas jerarquías, se plegó ampliamente, comenzando por el cardenal Antonio Caggiano, así como también lo hizo una porción significativa de la sociedad, según sugieren las crónicas de época, que dan cuenta de las dimensiones masivas y espectaculares de sus funerales. La noticia salió publicada en todos los diarios, e incluso en el *New York Times*. Entre los que adhirieron al duelo se cuentan: la Unión Cívica Radical del Pueblo, la democracia cristiana, la Municipalidad de Buenos Aires, el Colegio de Abogados, la Asociación de Periodistas y las principales entidades judías, la DAIA y la AMIA.¹ Y a continuación, aquí y allá comenzaron a aflorar homenajes en honor de la memoria del fallecido. Muchos de ellos, desde ya, tuvieron lugar en los que fueron sus espacios de pertenencia por antonomasia durante casi medio siglo: la parroquia de San Miguel y la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE), establecidas ambas en pleno centro porteño. Fueron, por tanto, fáciles de prever.

Otros, en cambio, lo fueron menos. Así, por ejemplo, el pedido que dirigiera la Liga Patriótica Argentina al gobierno nacional, con la firma de Jorge Kern, a fin de que elevara al Congreso un proyecto de ley por el que se dispusiera levantar en algún sitio público de la ciudad de Buenos Aires un monumento en honor del sacerdote recientemente fallecido, al que se comparaba con fray Mamerto Esquiú debido a “su valiente posición, sin claudicaciones, cuando se trató de reencauzar la marcha de la Patria

hacia sus destinos esplendorosos”.² No menos insospechada resulta la publicación por parte del Círculo Militar de un volumen que contiene una selección de discursos de De Andrea, acompañado por una significativa introducción firmada por monseñor Victorio Bonamín, provicario de las Fuerzas Armadas, cuya actuación en el clero castrense de la década de 1970, en plena dictadura militar, sería duramente denunciada por las organizaciones de derechos humanos. De manera hiperbólica, Bonamín definió a De Andrea como un “Santo de la Democracia” cuya “voz resonó cuando la de la Iglesia hallaba menos audiencia en el ámbito nacional”, y lo comparó con fray Justo Santa María de Oro, además de Esquiú.³ De tal manera que monseñor De Andrea encontraba eco en actores sociales y políticos que leían sin claros oscuros la Revolución Libertadora, aun cuando ya para 1960, y años subsiguientes, se había hecho evidente que los consensos en los que se había basado eran pasajeros y sumamente frágiles.

Estas pocas referencias, provenientes tanto de ámbitos militares como de la infausta Liga Patriótica, de la que De Andrea participó al momento de su fundación en 1919, nos ayudan a poner en sordina la imagen del obispo como un neto exponente del catolicismo liberal y democrático argentino del siglo XX. Se trata de una imagen históricamente construida que se solidificó en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, cuando el sacerdote se mostró favorable para con la causa aliada, mientras que el gobierno argentino y también el episcopado todavía sostenían con firmeza la neutralidad.⁴ Insinuaremos aquí, sin embargo, la existencia de limitaciones en su fe “liberal”. Un manuscrito en torno de la Revolución Francesa que se conserva entre sus papeles nos da la pauta de cuán poco elástico fue su catolicismo liberal. Su texto, que podría haber sido escrito por la más rancia pluma ultramontana, no es más que una diatriba en la que se denuncia sin ambages el carácter anticristiano de 1789.⁵ Más perturbadora resulta todavía para la imagen “liberal” de De Andrea una entrevista que el sacerdote argentino sostuvo con el propio Benito Mussolini en julio de 1934, cuando había transcurrido más de un año del ascenso de Hitler a la cancillería alemana y ya comenzaba a teñirse de nubarrones el escenario internacional. Sin embargo, el explícito alineamiento de De Andrea con los Estados Unidos en tiempos de guerra mundial, la entrevista que sostuvo con el presidente norteamericano en medio de la guerra y, más tarde, su distancia con respecto al peronismo bastaron para forjar una de las más fuertes representaciones del sacerdote.



Sepelio de Monseñor De Andrea. Fuente: *La Nación*, 25 de junio de 1960.

Otra de las imágenes sobresalientes gira en torno de su actuación en el terreno social a través de la organización de un activo movimiento socialcristiano capaz de enarbolar reclamos ante el Estado. Desde su temprana inserción en los Círculos de Obreros, de los que llegaría a convertirse en su director, hasta su labor al frente de la FACE, De Andrea fue considerado uno de los exponentes más nítidos del catolicismo social argentino de la primera mitad del siglo XX. Se concentró, en especial,

en el gremialismo femenino, en torno de las empleadas de comercio y otros rubros afines, en especial en el área de servicios; fue, pues, un asociacionismo cristiano de clase media, que se forjó entre las trabajadoras de las grandes tiendas céntricas, si bien aspiró también a extender su influencia hasta las empleadas domésticas y otros rubros en los cuales el perfil de las socias delataba un origen social más humilde. Con el tiempo la FACE, de hecho, llegó a nuclear a empleadas de distintas ramas de la actividad económica; sin embargo, fueron las empleadas de clase media las que le dieron el tono a la institución.

A simple vista, ambas imágenes en torno de De Andrea —ya sea la del católico “liberal” comprometido con los valores democráticos o la del católico “social” que brega por la mejor calidad de vida de los trabajadores— corren sin embargo el riesgo de resultar contradictorias; de hecho, liberalismo, sindicalismo y cristianismo no son términos fáciles de compatibilizar. Pero De Andrea se aferró con fuerza al reclamo por la libertad sindical, conciliando así de manera eficiente los valores liberales con las reivindicaciones gremiales y cristianas. El catolicismo liberal y el social todavía coincidirán, más aún, durante los años peronistas.

Y si bien es acertado decir que monseñor De Andrea oscila, pues, entre estas dos tendencias ideológico-políticas, privilegiaremos en este libro otras líneas de análisis e investigación que van más allá del discurso político propiamente dicho. Al fin y al cabo, el discurso del catolicismo de la primera mitad del siglo XX ha tendido a ser bastante homogéneo, con fuertes elementos en común, entre los que se cuentan, principalmente, el anticomunismo, el antisocialismo y un sesgado antiliberalismo. De fuertes raíces tomistas, en consonancia con el clima instaurado por el Concilio Vaticano I, es difícil encontrar amplias variaciones en el discurso teológico y político del catolicismo argentino en esta época, al menos en líneas generales. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya habido voces singulares que presentaran matices diversos, aun siempre dentro de un mismo cauce ideológico. De hecho, estas diferencias son visibles entre las principales figuras del universo católico argentino de la primera mitad del siglo XX y no han resultado inadvertidas para los historiadores.

Por otra parte, si bien De Andrea en particular fue un reconocido orador, versátil y de gran flexibilidad para adaptarse a variados auditorios, no se destacó sin embargo como intelectual ni aspiró a elaborar

una obra erudita de alto vuelo. Su obra editada, en efecto, consiste sobre todo en una colección de homilías y discursos pronunciados en diversas circunstancias, sin mayor elaboración ulterior. De tal manera que no seguiremos aquí una línea interpretativa estrictamente ceñida a la historia intelectual o de las ideas políticas, si bien tomaremos prestados muchos elementos de ellas a la hora de someter a análisis las distintas piezas oratorias. La biografía como género nos permite, de hecho, hacer uso con bastante flexibilidad de herramientas metodológicas provenientes tanto de la historia de las ideas como de la historia social, cultural y política, entendida esta última en sentido amplio. Creemos que es el camino más apropiado para seguirle los pasos a monseñor De Andrea, puesto que se trata de un hombre público, un verdadero hombre de mundo, de gran presencia social en la Argentina de la primera mitad del siglo XX. De esta manera, nos moveremos en distintos registros a la vez; su trayectoria nos servirá de excusa para abrirnos paso en muy diversos círculos sociales y católicos. Veremos así, pues, que fórmulas teóricas y abstractas como las del catolicismo social o liberal no bastan para dar cuenta de la manera en que De Andrea construyó su lugar en la sociedad y el clero argentinos. Puesto que el sacerdote adaptó las ideas a las circunstancias en las que le tocó vivir y actuar, así como también a sus diferentes públicos, el género biográfico tiene la virtud de permitir explicar por qué un conjunto de ideas que, las más de las veces, no eran de ninguna manera originales bastaron para darle a monseñor De Andrea una gran presencia pública. Dicho de otra manera, no fue por las ideas sociales o políticas que De Andrea descollaría, sino más bien por el lugar social que ocupó, los espacios en los que circuló, los vínculos que tejió en distintos ámbitos de la sociedad porteña y el eco que encontró dentro y fuera del país.

El Jockey Club, el Círculo Militar, los salones de moda, el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa*, las playas de Mar del Plata y otros balnearios, la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, algunos sindicatos en alza a fines de los años treinta —bancarios, comercio, construcción— son algunos de los espacios sociales con los que De Andrea se vinculó estrechamente, tan sólo para mencionar ejemplos por fuera de la propia Iglesia Católica y las instituciones fundadas en su seno. Se destacan además sus contactos internacionales con el clero norteamericano y francés y con algunos gobiernos latinoamericanos —Brasil,

Paraguay-, vínculos que De Andrea cultivó personalmente a través de cenas y banquetes ofrecidos a diferentes personalidades de la época, que brindó en la Casa de la Empleada, que funcionaba en el marco de la FACE. En una ocasión, incluso se entrevistó personalmente con el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt.

Su posición de relevancia en la Iglesia argentina excede por demás el cargo que ocupó en la jerarquía eclesiástica; de hecho, lo desborda. Párroco, presidente del Colegio de Párrocos en más de una oportunidad y obispo puramente nominal (bajo el título de obispo de Temnos), monseñor De Andrea no alcanzó sin embargo el rango de arzobispo de Buenos Aires puesto que en 1923 su candidatura, elevada por el gobierno argentino a la Santa Sede, llevó a una verdadera *impasse* diplomática. Algunos atribuyeron este entredicho a las propias ideas del sacerdote que, ya fuera por su respeto por la democracia como por su compromiso social, eran vistas como demasiado avanzadas y por lo tanto incompatibles con los sectores más conservadores de la sociedad, la Iglesia y el gobierno. Creemos que esta apreciación es algo exagerada; sin embargo, no podemos dejar de advertir que el episodio de 1923 ayudó a sobredimensionar la estatura moral del sacerdote, poniendo de relieve su compromiso con los valores de libertad, paz y caridad, en última instancia más importantes y duraderos que los más altos títulos y honores que podía concederle la Iglesia Católica en tanto que institución jerárquica. Así, pues, el frustrado arzobispado, en la práctica, no logró opacar en lo más mínimo su figura. Por el contrario, con el correr de los años el propio De Andrea descubrió que el no poseer un cargo de tal envergadura lo hacía más simpático, si cabe, a los sectores populares, puesto que los arzobispos y cardenales solían estar rodeados de una pompa y un ritual casi monárquicos del que De Andrea no participaría. Lejos del ornato de la más alta jerarquía eclesiástica, De Andrea podía afirmar que, con sus pros y sus contras, “me he consagrado al pueblo. Desde el punto de vista de las ventajas humanas, no me ha resultado gananciosa esa consagración sin reservas. [...] me llevó a la quiebra”.⁶ Una y otra vez reafirmó su imagen de obispo democrático, llano, accesible y popular.

“Pastor de la Iglesia y Prócer de su Pueblo [...] Apóstol de la caridad social”, reza la leyenda situada en la base de la estatua monumental que luego de su muerte ha sido levantada en su honor en la parroquia de San Miguel de la ciudad de Buenos Aires. Dejando a un lado lo ampu-

loso de esta retórica, no podemos dejar de señalar que el solo hecho de que se le haya pretendido atribuir la estatura de un “prócer” –título que no se le ha intentado adjudicar a ningún otro obispo argentino del siglo XX– nos plantea el desafío de sacar al sacerdote de su pedestal y abordar una biografía que no recaiga en una narración hagiográfica puramente celebratoria. A continuación, lo que intentaremos ofrecer al lector es un relato que, con los pies en la tierra y sin tanta grandilocuencia, sitúe al hombre en su contexto dando cuenta de sus claroscuros.

NOTAS

¹ LN, 24 de junio de 1960 y 25 de junio de 1960.

² Legajo 2240/1960, “Liga Patriótica Argentina. Sobre erección de un monumento en homenaje a Monseñor de Andrea”, Archivo Histórico de la Cancillería Argentina.

³ Monseñor Victorio Bonamín, “Presentación”, en Mons. Dr. Miguel de Andrea, *Justicia, paz, libertad*, Buenos Aires, Círculo Militar-Biblioteca del Oficial, 1965, p. 10.

⁴ Ignacio López, “Libertad y democracia en el discurso de Monseñor de Andrea”, *Colección UCA*, 21 (2011), pp. 155-176; Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, 1994; Ambrosio Romero Carranza, *Itinerario de Monseñor De Andrea*, Buenos Aires, Emeccé, 1957; Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, 2000.

⁵ Miguel de Andrea, “Le Catholicisme pendant la Révolution”, Archivos de la FACE, Manuscritos, 5.3.

⁶ Miguel de Andrea, “El trabajo a domicilio (discurso del 15 de mayo de 1937)”, *OC*, vol. 4, p. 292.

EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX (en rigor, hasta 1960, cuando muere), Monseñor Miguel de Andrea fue un actor fundamental de ese espacio de poder, disputa y consenso que liga al clero y la elite dirigente. Su accionar no fue precisamente lineal: participó en el momento de la fundación de la infausta Liga Patriótica Argentina; promovió la expansión de los Círculos Católicos de Obreros (para disputarle ese espacio a la ascendente izquierda) y de diversas asociaciones de ayuda a la mujer; fue habitué del Jockey Club, las playas de Mar del Plata, la Facultad de Derecho y algunos sindicatos, varios de ellos comunistas. En 1934 se entrevistó con Mussolini, pero durante la Segunda Guerra Mundial tuvo un encuentro con Franklin Delano Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos y pasó a apoyar públicamente a ese país. Más tarde combatió al peronismo, tanto por la representación de las clases populares como por motivos ideológicos. Esta singular parábola le permitió ser reconocido como el máximo exponente de catolicismo social. Y a la vez, como un demócrata liberal.

Al examinar su vida, que es el recorrido de un hombre de fe y también de poder, estas aparentes contradicciones encuentran su lugar en un relato mayor que relaciona la política local con el Vaticano, y ambos en la lucha contra el comunismo. Monseñor Miguel de Andrea no fue un orador original, y tampoco fue un intelectual de calibre; pero en cambio estuvo en el lugar indicado en cada momento de la historia, para convertirse en una figura de referencia política insoslayable.

En esta excepcional biografía, Miranda Lida reconstruye su vida (y también la forma en que él mismo la fue reescribiendo), y lo pone en el contexto de los actores políticos y sociales del período. Entre tantas cosas que pueden discutirse, hay algo sobre lo que no quedan dudas: el preponderante lugar que tuvo la Iglesia Católica Argentina sería difícil de imaginar sin su talento.

ISBN 978-987-628-273-4



9 789876 282734